



Vol. 9, No. 2, Winter 2012, 190-220  
[www.ncsu.edu/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/acontracorriente)

**Nación y provincia: génesis del discurso de la identidad  
entrerriana en la literatura nativista argentina  
(1895-1915)**

**Diego José Chein**

Universidad Nacional de Tucumán/CONICET

La tensión entre una tendencia unificadora y homogeneizante y unos impulsos regionalizadores y descentralizadores es constitutiva de la configuración de un discurso identitario nacional como el argentino que, para legitimar la soberanía de un estado moderno fuertemente centralizado, debe recurrir una y otra vez a la “barbarie” que expulsa hacia sus márgenes. Los énfasis diferentes, los acentos desiguales que una y otra fuerza en tensión manifiestan en distintas articulaciones del discurso de la argentinidad remiten en muchos casos a contextos de pugnas políticas y económicas que atraviesan y enfrentan los espacios de las regiones, las provincias y la ciudad de Buenos Aires. Pero, al menos a partir de 1880 en la flamante capital federal, remiten de un modo directo a las nuevas formas de sociabilidad intelectual que comienzan a estructurar un campo literario en el país.

En la ciudad puerto de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la articulación del discurso de la identidad nacional que progresivamente se impone es inseparable de las estrategias con las que

algunos escritores de provincia que han migrado a la capital intentan hacerse un nombre en este incipiente campo literario. Desde la década de 1880, estos intelectuales migrantes darán origen a la posición nativista para una literatura regional-nacional.<sup>1</sup> Hacia el interior de esta posición, que promueve las regiones del interior rural del país como fuentes insustituibles para una auténtica literatura argentina, tendrá lugar la construcción del primer discurso intelectual de una identidad provincial plenamente articulado: el de la provincia mesopotámica de Entre Ríos.

Resulta imposible reconstruir la historia de esta provincia sin ser atravesado por las polémicas de las historiografías liberales, regionales y revisionistas. El proceso mismo que aquí nos ocupa, la emergencia de un nativismo entrerriano, representa un momento crucial en el curso de estos debates. Alberto Gerchunoff, uno de los escritores representativos del nativismo entrerriano hacia 1910, aludirá años más tarde a una antigua rebelión local contra la intervención del gobierno colonial como “una revolución de Entre Ríos contra el centralismo”, como una primera expresión de resistencia de esta provincia por entonces inexistente hacia “los mandatos del gobierno de Buenos Aires, en una actitud montonera, en que se manifestaba el brote del localismo federalista, que no tendrían más remedio que considerar y valorar los venideros organizadores de la Nación”.<sup>2</sup> Leída en clave liberal como la resistencia de la barbarie local ante el avance del proceso civilizatorio general de constitución del moderno estado nacional, o en clave revisionista como la resistencia de las autonomías regionales y de los verdaderos intereses nacionales y populares frente a los cómplices “porteños” del colonialismo europeo, una serie de caudillos jalona el relato provincial hasta irrumpir en el centro de la escena nacional en 1853. Es entonces cuando el ejército del entrerriano Justo José de Urquiza, aliado con los liberales porteños, vence en la batalla de Caseros a las tropas del poderoso caudillo bonaerense Juan Manuel de Rosas. El caudillo entrerriano promueve entonces la tan esperada promulgación de la Constitución Nacional y articula la Confederación Argentina, con la ciudad entrerriana de

---

<sup>1</sup> Diego José Chein, *La invención literaria del folklore. Joaquín V. González y la otra modernidad* (San Miguel de Tucumán: Edición del autor, 2007).

<sup>2</sup> Alberto Gerchunoff, *Entre Ríos, mi país* (Buenos Aires: Editorial Futuro, 1950: 69).

Paraná como su capital. Pero la provincia de Buenos Aires se mantiene al margen y se proclama independiente. La oligarquía pampeana, en control del puerto y el comercio exterior, resiste la federalización de sus privilegios aduaneros y el desplazamiento del poder central hacia el interior del país. Bartolomé Mitre, que encabeza estos intereses del centralismo porteño, vence finalmente a Urquiza en 1861, en la batalla de Pavón. Hasta la emergencia del nativismo entrerriano en el cambio de siglo, las representaciones dominantes de Urquiza tienden a estimar sólo sus méritos militares por el derrocamiento de la “tiranía” de Rosas, asimilando en general su figura con estereotipo liberal del caudillo bárbaro. La articulación de un discurso intelectual de la identidad entrerriana constituirá una condición fundamental en el viraje de esta representación.

Pero, paradójicamente, no es la apacible provincia mesopotámica el centro de irradiación de este discurso literario de la entrerriandad, sino la populosa Buenos Aires finisecular, en trance de acelerada modernización. En efecto, la construcción de este discurso identitario provincial es impulsada fundamentalmente por escritores entrerrianos que pugnan por ser reconocidos en el incipiente campo intelectual y literario de la capital nacional. Al igual que otros escritores de las provincias, procuran convertir en capital simbólico, en un valor específicamente intelectual y literario, lo que a todas luces constituye una desventaja objetiva para su carrera literaria: su origen provinciano.

Martiniano Leguizamón se posiciona en el centro de esta red de vínculos e intercambios literarios en la que se teje el discurso de la entrerriandad. En el cambio de siglo, su trayectoria como escritor se revela simultáneamente como medio y resultado de la articulación social de este discurso identitario. Devoto heredero y entusiasta militante de la posición literaria nativista para una literatura regional-nacional fundada por Joaquín V. González y Rafael Obligado en la década de 1880, Leguizamón encuentra, en la profusa migración de entrerrianos que, como él mismo, buscan hacer una carrera literaria en Buenos Aires, el caldo de cultivo propicio para promover una identidad y lealtad comprovinciana y erigirse como la cabeza visible de este colectivo de escritores.

*La pre-historia: la aparición del nativismo*

Entre la publicación de su obra programática *La tradición nacional* (1888) y la puesta en marcha de este programa con *Mis montañas* (1893), el riojano Joaquín V. González, en regular intercambio con el poeta bonaerense Rafael Obligado, sienta las bases de la posición literaria nativista para una literatura regional-nacional. Esta posición, que habrá de alcanzar un lugar dominante en el emergente campo literario de la ciudad capital hacia el centenario de la Revolución de Mayo, promueve la producción de una literatura nacionalista embebida con el espíritu que emana de la naturaleza y el folklore del territorio argentino. En contraposición con la gran ciudad moderna y cosmopolita, los espacios rurales de provincia se proponen como las fuentes irremplazables del espíritu nacional y como la cuna casi obligada de los artistas capaces de expresarlo. Para el nativismo, el escritor de provincia participa por su origen de esa consubstanciación, esa relación no mediada con el espíritu del territorio local que se atribuye al *folk*, al campesino aislado de la modernidad universal y hermanado con la naturaleza local. Articulada con la política del entonces presidente Julio A. Roca, que favorece la participación de las oligarquías provinciales en la hegemonía del estado central, enfrentada con el centralismo porteño que tanto en la política como en la producción letrada encarna Bartolomé Mitre, esta posición intelectual y literaria proyecta un futuro canon de la literatura argentina compuesto por el concierto de las obras representativas de cada una de las regiones del territorio. En las décadas siguientes, este programa literario desplegará su influencia en la concatenación de una serie de producciones que, retomando y dispersando el ejemplo de González, intentaran “conquistar” a través de la literatura las diversas regiones del país. En esta línea se inscriben, por ejemplo, ciertas publicaciones finiseculares de Martiniano Leguizamón, Roberto J. Payró o “Fray Mocho” (José S. Álvarez), o hacia el centenario, las de Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas o Alberto Gerchunoff, junto a las apuestas de muchos otros escritores migrantes con menor éxito y repercusión.<sup>3</sup> Lejos de resolverla, el nativismo pondrá en escena una tensión

---

<sup>3</sup> Chein, *La invención literaria del folklore. Joaquín V. González y la otra modernidad*.

incesante entre la centralización-unificación nacionalizante y la descentralización-fragmentación regionalizante, alcanzando distintos puntos de equilibrio en obras diversas. En líneas generales, el primer nativismo arranca con un énfasis regionalizante y luego, desde 1910, se orienta progresivamente hacia una disolución de este impulso en la nacionalización de lo pampeano, cuando la oligarquía, más que abocarse a disputas internas, se abroquela frente a una amenaza que excede sus límites de clase. En la primera década del siglo XX, en el preciso momento en que se inicia el cambio en el balance de esta tensión, Leguizamón alcanzará, a contrapelo de la corriente general, el punto máximo de presión regionalizante del nativismo en Buenos Aires.

Tiempo atrás, cuando en 1896 el entrerriano publica *Recuerdos de la tierra*, Joaquín V. González apadrina al escritor con un prólogo muy elogioso que encarece la voluntad de dar continuidad a su programa. Celebra el propósito de conquistar por las letras la virgen región de “la mesopotamia argentina”, los “lugares, costumbres y tipos de la región circunscripta por el Paraná y el Uruguay”,<sup>4</sup> pero, en estricta consonancia con su prédica, le reprocha cierta falta de intensidad en el rescate y reflejo de la especificidad regional:

Por todo esto, y por las afinidades y propios caracteres literarios de la obra, se imaginaria al autor preocupado de dar a las letras algo como el poema regional, o el libro de la comarca argentina en él sentida y pintada, si no se advierte al mismo tiempo la ausencia de rasgos intensos y precisos que, mejor que los nombres, establezcan las diferencias geográficas. Porque la grandeza de nuestra patria tiene esta cualidad: no permitir que por un solo signo se retrate o califique toda su extensión, pues hay en ella las naturalezas más antitéticas y los climas, las vegetaciones, los hábitos y supersticiones locales más diversos.<sup>5</sup>

Desde 1900, cuando publica su novela *Montaraz*, Leguizamón emite claras señales de un propósito de profundización del regionalismo en su escritura. En pocos años, se convierte en el más ortodoxo y acérrimo publicista de este programa literario. Como un ejemplo más entre muchos otros, citamos las palabras con que alecciona a un novel escritor de su tierra:

Ya sabe usted que ese es mi viejo tema: si hemos de crear alguna vez una literatura nacional, ella tendrá que empezar por ser netamente regional; porque cada pedazo de nuestro suelo está

---

<sup>4</sup> En Martiniano Leguizamón, *Recuerdos de la tierra* (Buenos Aires: Ediciones Mar Océano, 1957: 8).

<sup>5</sup> Idem, 8-9.

ofrendado al artista animoso que quiera investigar con amor sus intimidades más recónditas, características y peculiaridades de ambiente, modalidades muy típicas de hábitos, de sentimientos de poesía, de música y hasta de ritmo en sus hablas populares.<sup>6</sup>

El discípulo avanza más que su maestro en el propósito regionalizante. Cuando González imagina las fracciones del territorio que habrán de ser conquistadas por la literatura nacional, deslinda regiones naturales de número incierto y con límites difusos, como la pampa, la llanura interna o la Mesopotamia argentina. No son las fronteras administrativas y políticas de las provincias las que segmentan este imaginario. Él mismo se presenta como representante de la región de “las montañas”, antes que de su provincia natal, La Rioja.

En la trayectoria de Leguizamón, es posible registrar un significativo desplazamiento desde la primera asociación amplia con la región de la Mesopotamia argentina. En 1909, cuando ya han aparecido *Calandria*, *Alma nativa* y *De cepa criolla*, y una profusa producción en periódicos y revistas, el poeta de la primera generación nativista, Rafael Obligado, en una carta polémica publicada en el diario *La Nación*, celebra la regionalidad de la obra de Leguizamón con los siguientes términos: “El entrerriano de su obra prueba su legítima cepa. Ningún escritor ni artista será argentino de veras, si no siente cariño acendrado por su terruño natal, si no comienza por el hogar, de cuyo punto de apoyo es fácil el vuelo hacia todos los horizontes de la patria”.<sup>7</sup>

El terruño natal, el hogar paterno, representa todavía el clásico anclaje nativista para una literatura regional-nacional, pero en este caso ya no se asocia con cierta región natural de amplio alcance, sino con el territorio circunscripto de una provincia.

El nativismo ha nacido al calor de la reciprocidad, de la confirmación y el elogio mutuos entre González y Obligado. La subjetividad de cada uno por separado se constituye en garante de la autenticidad de la regionalidad que representan, las montañas en el caso de González y las riveras del Paraná en el de Obligado. La construcción identitaria que los convoca y reúne es la de un origen provinciano en general. En contraste con el cosmopolitismo vacío de espiritualidad que atribuyen a los escritores de la capital, ellos se

---

<sup>6</sup> Martiniano Leguizamón, *Páginas argentinas* (Buenos Aires: Simurg, 2005: 110-111).

<sup>7</sup> Rafael Obligado, *Prosas* (Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1976: 64).

constituyen en verdaderos hacedores de una literatura argentina por su capacidad y su voluntad para traer a las letras la sustancia del espíritu nacional conservada en el interior del país. Cuando irrumpe el joven Leguizamón, debe apelar al reconocimiento de González para obtener la membresía en este colectivo de los escritores nacionales de provincia. Solicitando el juicio de González y acatando sus recomendaciones, el entrerriano se constituye en representante de la Mesopotamia argentina, en otro complemento de la topografía de un canon literario nacional.

Leguizamón deviene representante de un nativismo entrerriano en un proceso posterior que articula nuevas relaciones y solidaridades. La articulación de un discurso de la identidad entrerriana, a la vez causa y consecuencia de las nuevas estrategias de posicionamiento de Leguizamón y otros escritores comprovincianos en el campo literario de Buenos Aires, jalona un nuevo tramo de la trayectoria literaria de este autor. Reconstruirlo es el propósito que orienta la exploración del presente artículo.

### *La historia: génesis del discurso de la entrerrianidad*

#### *I. El presente: "Fray Mocho" y la "colonia" de entrerrianos en Buenos Aires*

Antes del inicio de la nueva centuria, asoman los primeros hilos de un discurso intelectual de la identidad entrerriana en el intercambio público entablado entre Martiniano Leguizamón y su coterráneo y amigo de la adolescencia José S. Álvarez, popularizado con el seudónimo de "Fray Mocho". Ambos aspiran a desarrollar una trayectoria exitosa como escritores profesionales en el único lugar de Argentina en el que esto comienza a ser posible, en la tumultuosa capital nacional.<sup>8</sup>

El vínculo de paridad que se establece entre estos dos escritores entrerrianos de orígenes sociales tan disímiles es un claro síntoma de las profundas transformaciones de las condiciones de inserción social y

---

<sup>8</sup> Los estudios acerca de la avanzada y pionera política educativa impulsada tempranamente por Justo José de Urquiza en Entre Ríos en pleno siglo XIX permiten aventurar la conjetura de que, entre 1890 y 1910, la notable afluencia de jóvenes entrerrianos a la capital nacional con el propósito de convertirse en escritores podría deberse a la brecha abierta en su provincia entre un elevado margen de capacitación cultural y una escasa capacidad de absorción de esos recursos calificados en el muy exiguo mercado local.

de los nuevos canales de sociabilidad abiertos en el incipiente campo intelectual del Buenos Aires finisecular.<sup>9</sup> Las emergentes condiciones de un campo literario moderno abren la posibilidad de trayectorias profesionales a escritores que no tienen origen oligárquico, como “Fray Mocho”. No se trata sólo de una apertura que habilita a jóvenes como éste para establecer vínculos de solidaridad intelectual con escritores de origen oligárquico, como Leguizamón, sino de una transformación sustancial de las condiciones de la actividad literaria que afectan tanto a los recién llegados como a los tradicionales herederos de esos espacios. En efecto, aunque el origen social de Leguizamón es oligárquico como el de los pioneros de la primera generación nativista, Obligado y González, su articulación con la producción literaria es diferente de la de aquellos, y está más cerca de la situación de los escritores que, como Fray Mocho o Roberto J. Payró, están en vías de profesionalización. Su trayectoria como escritor no es en absoluto ajena a los circuitos de producción letrada más directamente vinculados con el mercado y el consumo popular de la época, tales como los del periodismo moderno, en las redacciones de diarios como *La Nación* o de revistas como *Caras y Caretas*, o los de la producción teatral, con la puesta en escena de *Calandria* y su comprometida participación en la formación criollista uruguaya de la revista *El fogón*.<sup>10</sup>

Desde sus orígenes, la posición nativista para una literatura regional-nacional apostó a la capitalización intelectual del origen provinciano del escritor a partir de una construcción del sujeto de la escritura nativista como una entidad bifronte, compuesta por una dualidad esencial: el contacto no mediado con el espíritu nacional y con sus expresiones en la cultura popular, rural y regional, y la formación erudita y estética en la elevada cultura occidental, con sucursal en la capital. La obra regional-nacional se exhibe como el producto de un viaje de retorno entre los dos polos que despliega esta dualidad (popular y nacional—culto y occidental) que constituye al sujeto de la escritura

---

<sup>9</sup> Leandro Losada, “La alta sociedad, el mundo de la cultura y la modernización en la Buenos Aires del cambio del siglo XIX al XX”, *Anuario de Estudios Americanos*, 63, 2006, 171-193.

<sup>10</sup> He examinado las transformaciones que las incipientes condiciones de profesionalización imprime en el discurso y la obra de esta segunda generación nativista en un artículo inédito titulado “Argentinos de profesión. El debate nativista en torno a la poesía gauchesca”, que en este momento se encuentra siendo sometido a referato.



nativista: un viaje literario de retorno en el espacio desde la capital cosmopolita a la provincia natal, de la ciudad moderna al campo como reservorio de la tradición, pero también en el tiempo, desde la desencantada edad adulta a la pureza e ingenuidad de la infancia, desde el presente materialista al pasado de los auténticos valores espirituales amenazados por la modernidad.<sup>11</sup>

Con estas mismas claves se presenta a sí mismo Leguizamón y pondera a su colega comprovinciano “Fray Mocho” por su obra *Tierra de matreros*. Pero, junto con estas notas ya sedimentadas de la construcción del sujeto nativista, comienzan a aparecer otras nuevas que develan las transformaciones de la articulación sociocultural de la actividad literaria que afectan a esta segunda generación nativista. Como señalamos, la obra regional-nacional se exhibe como la vuelta de un viaje de ida desde el terruño natal a la gran ciudad; en el caso del autor de *Tierra de matreros*, este desplazamiento es recuperado por su comprovinciano Leguizamón en un sentido homenaje póstumo: “[Fray Mocho] abandonó la aldea natal en busca de nuevos horizontes, y pisó las calles de Buenos Aires, pobre y desconocido, y donde llegó a ser lo que era, a valer lo que valía” (Leguizamón 1961b: 92).<sup>12</sup>

El origen provinciano, central en la construcción nativista original, se articula aquí con otros discursos que ponen en juego un origen y una trayectoria social no oligárquica. Dirá Leguizamón de su colega:

[Fray Mocho] se lo debía todo a su propio esfuerzo. Había peleado bravamente la vida, había sufrido ocultando las lacerantes heridas con aquella risa juguetona que sólo la muerte pudo arrancar de sus labios, y había vencido destacando su personalidad de escritor nacional, con perfiles netos, inconfundibles. Solo, luchando para vivir [...].<sup>13</sup>

Entrelazados con los tópicos nativistas del origen provinciano y el viaje de ida a la capital, un relato del ascenso social y el talento, una ética del trabajo y el esfuerzo, de la dignidad de la pobreza y el

---

<sup>11</sup> Chein, *La invención literaria del folklore. Joaquín V. González y la otra modernidad*.

<sup>12</sup> Leguizamón hará referencia de un modo análogo a otra figura que también se alinearán con la segunda generación nativista, el escritor Roberto J. Payró: “un joven hasta entonces desconocido que surgía desde la penumbra provinciana para recibir ante aquel selecto concurso la simbólica consagración” [Leguizamón, Martiniano, *De cepa criolla* (Buenos Aires: Solar/Hachette, 1961: 88-89)].

<sup>13</sup> Idem, 91.

desinterés, elementos importados tanto de las representaciones occidentales del escritor profesional como de las de la bohemia, aparecen en la construcción del sujeto autoral de esta segunda generación nativista poniendo de relieve las nuevas condiciones de articulación social y las nuevas formas de solidaridad intelectual que promueven sus trayectorias de profesionalización.

La reseña crítica que publica Fray Mocho cuando se estrena *Calandria* de Martiniano Leguizamón, en 1896, exhibe los primeros trazos de construcción de un discurso identitario de la entrerrianidad como fundamento de sus obras nativistas y como puente de su relación pública como colegas escritores. Su origen entrerriano se presenta claramente como el fundamento de su recepción, una base que se despoja de todo carácter individual y se asume como compartida:

El protagonista es un personaje histórico y casi todos los entrerrianos *de cierta edad*, residentes en Buenos Aires - Montes, Spangenberg, Sobral (Enrique, Domingo y Manuel), Cigorruga, Peyret, Grané, Barroetaveña y Berduc, sus colegas, Fernando mi hermano, Naveira y cien otros que andan por ahí - lo han conocido y si lo vieran en el teatro, barajándose con el comisario *Mazacote*, con *el Boyero* y con *ño Damasio* el trezador, les parecería hallarse allá en las quebradas de Entre Ríos, en aquellos tiempos en que en los grandes centros agrícolas de hoy, había todavía gauchos y ranchos, y en que se cantaban tristes y se tocaban pericones en la guitarra.<sup>14</sup>

Este potencial receptor colectivo de los entrerrianos en Buenos Aires se concreta y se instala entre el público del teatro porteño como garante de la identidad amplia, abstracta e imaginada de los entrerrianos en general:<sup>15</sup>

El Teatro de la Victoria, cuya construcción fue iniciativa y esfuerzo de un literato entrerriano, era anoche un pedazo de Entre Ríos, pues toda la colonia se hallaba en palcos y platea, gozando con los cuadros que, como un silforama, pasaban ante su vista. Aquél era el gaucho de su tierra, aquél era *Calandria*, el travieso, el alegre, el que no mataba ni robaba, sino que, vagando de rancho en rancho, gemía sus penas en la guitarra y enamoraba muchachas en los bailecitos.<sup>16</sup>

La “colonia” de los entrerrianos “residentes en Buenos Aires”, esa dispersión que aquí deviene colectivo, se constituye en garante de la

---

<sup>14</sup> En Martiniano Leguizamón, *Calandria* (Buenos Aires: Solar-Hachette, 1961: 115).

<sup>15</sup> Los conceptos de identidad concreta e identidad imaginada son desarrollados en Autor et al. 2006.

<sup>16</sup> En Leguizamón, *Calandria*, 115.

autenticidad de la comunicación nativista de una esencia espiritual, a la vez nacional y regional, la de la provincia de Entre Ríos, pero muy lejos de allí, en la populosa capital federal. Los “comprovincianos aplaudían en él al mago que en un momento los había llevado al terruño...”.<sup>17</sup> La entrerrianidad de la recepción certifica la entrerrianidad de la producción, a partir de un acto de magia nativista que los transporta en espejo por el mismo camino del sujeto de esa escritura: el retorno desde la capital a la provincia, desde la moderna ciudad a “las quebradas de Entre Ríos”, desde la adultez de “cierta edad” a la infancia del recuerdo, desde el presente de la modernidad al pasado en que “había todavía gauchos y ranchos, y en que se cantaban tristes y se tocaban pericones en la guitarra”. Como sostenemos en este trabajo, será precisamente esta “colonia” de entrerrianos en Buenos Aires (aunque argentinos, inmigrantes en la capital), especialmente la parte de ellos que pugna por hacer una carrera literaria, el caldo de cultivo propicio para la articulación del discurso de esta identidad provincial.

La paridad del vínculo entre escritores, el colegaje literario que de aquí en más exhiben públicamente José S. Álvarez y Martiniano Leguizamón en Buenos Aires, delata las condiciones de ascenso social por la vía de la cultura que la moderna sociedad urbana hace posible.<sup>18</sup> Pero los primeros jalones de esta movilidad social se iniciaron para Álvarez en Entre Ríos, antes de la migración a la ciudad puerto. De hecho, tanto *Calandria* como la crítica teatral de Fray Mocho atesoran recíprocos guiños en referencia a esta experiencia democratizadora compartida en la provincia.

Desde luego, este pacto que privilegia el origen provinciano común descansa afectivamente también en la solidez de una confianza ganada a través de una amistad y una experiencia solidaria compartidas. En su homenaje póstumo, Leguizamón rememora sus frecuentes encuentros “para reanudar las charlas de nuestros recuerdos, comenzadas allá en el aula del colegio del Uruguay [de la ciudad entrerriana de Concepción del Uruguay] y mantenidas con el afecto que no empañó una sola nube en treinta años de inalterable amistad”.<sup>19</sup>

Comencemos con *Calandria*. Debo a Jorge A. Dubatti (1991) la advertencia de la relación entre el acto VIII de *Calandria* y “*Calandria* y

---

<sup>17</sup> Idem, 115.

<sup>18</sup> Losada, “La alta sociedad...”.

<sup>19</sup> Leguizamón, *De cepa criolla*, 94.

Mazacote. Recuerdos de Entre Ríos” publicado por Fray Mocho cuatro años antes en la revista *El cascabel* y recopilado póstumamente en el volumen *Salero criollo*. En uno y otro texto se presenta un intercambio risueño entre el gaucho apodado “Calandria” y “Mazacote”, un medroso comisario de campaña, presenciada e instigada por un grupo de “estudiantes” que se hallaban en la “pulpería”.<sup>20</sup> En el texto de Fray Mocho, la escena se inscribe en el orden del recuerdo, como una anécdota autobiográfica, confesando ser uno de los estudiantes que participaron de la chanza a “Mazacote”. Menciona también entre los “estudiantes del Colegio” que se mofaban del comisario al “actual juez de comercio de la capital Dr. Luis A. Peyret”.<sup>21</sup> La página está dedicada a Martiniano Leguizamón. Álvarez, Peyret y Leguizamón fueron compañeros de clase en el Colegio del Uruguay en su provincia natal, y desde la década de 1890 hacen carrera en la capital federal. Leguizamón devuelve el guiño a su viejo amigo “el Mocho” con la introducción de la escena de la pulpería en su drama nativista. Álvarez, por su parte, confirma la recepción del guiño, incluyéndose entre los “entrerrianos de cierta edad, residentes en Buenos Aires” que conocieron al verdadero “Calandria” y que al verlo “en el teatro, barajándose con el comisario *Mazacote*” rememoran su provincia natal; y también corrobora su devolución involucrando explícitamente, en el recuerdo y en la actual “colonia”, a Peyret (¿Luis A.), Spangenberg (¿Enrique?), Grané (¿Facundo F.), Barroetaveña (¿Francisco?) y Naviera (¿Raimundo?), todos compañeros de Leguizamón y Álvarez en las aulas del Colegio del Uruguay. La relación que triangulan la obra de teatro de Leguizamón, el relato precedente y la reseña crítica posterior de Fray Mocho rebasa los vínculos intertextuales e instala como núcleo común de esta comunicación una experiencia vital compartida.

Años atrás, en las aulas del Colegio del Uruguay, por el beneficio de una beca para estudios secundarios, José S. Álvarez obtuvo la oportunidad de ser un par entre jóvenes que, como Leguizamón, provenían de la oligarquía local. Ese colectivo concreto de entrerrianos que se perfila en la reseña crítica del “Mocho”, como lo apodaron entonces, es, antes de los inicios de su carrera profesional en Buenos

---

<sup>20</sup> “Pulperías” eran las tiendas rurales en las que se expendía bebidas alcohólicas.

<sup>21</sup> Álvarez, José Sixto, “Calandria y Mazacote. Recuerdos de Entre Ríos”, *El cascabel. Semanario festivo ilustrado* (1), 11.

Aires, un primer escalón no sólo de ascenso social por la vía de la cultura, sino un espacio en que se cifran sus primeras experiencias de una solidaridad entre pares que atraviesa las tradicionales barreras del origen social.<sup>22</sup> En 1877, las firmas de Leguizamón, Álvarez y las de los compañeros que éste menciona en su reseña crítica de *Calandria* rubrican la fundación de “La Fraternidad”, una sociedad estudiantil creada para resolver la situación de los compañeros de aula que habían sido afectados por la supresión de las becas. El “Mocho” fue uno de ellos.<sup>23</sup> Entre las actividades mediante las cuales la organización estudiantil pretendió subsanar la eliminación de estas becas, se destaca la puesta en escena, a beneficio, de la primera obra dramática de un “Martín” (como apodaban a Leguizamón) adolescente. Su tema autorreferencial, el de una estudiantina, ha sido recuperado por el recuerdo de estos jóvenes ahora adultos y en Buenos Aires, aunque el texto no haya perdurado.<sup>24</sup> “Fray Mocho” revive la experiencia de compartir la iniciación dramática de Leguizamón; seguramente rememora el gesto solidario de los años escolares de Entre Ríos y vuelve a encontrarse en relativa relación de paridad en el expansivo espacio cultural de Buenos Aires. Allí procura implícitamente un nuevo pacto solidario, pero esta vez dirimido en el terreno de las posiciones de un campo literario nacional emergente. Allí promueve una alianza nativista, tejida con los hilos de un incipiente discurso de la identidad entrerriana.

Sobre la base de esta amistad personal, se teje un discurso público que la nombra y la excede. Las marcas del origen regional del escritor se expresan mediante analogías con una naturaleza localizada y folklorizada. “Yo soy duro, Martín, como los ñandubayses de nuestra

---

<sup>22</sup> Leguizamón y otros intelectuales entrerrianos rescatarán insistentemente la creación del Colegio del Uruguay como un antecedente pionero de la escuela pública y laica que el estado modernizador tenderá luego a implantar progresivamente. Es el modelo de escuela de la que, en 1907, ya como funcionario de educación, el discurso de Leguizamón destacará los valores de la convivencia democrática y de la solidaridad en ocasión de inaugurar un servicio escolar de asistencia alimentaria: “Pensad ahora en los hijos del hogar del pobre y del obrero; en aquellos que no tienen hogar porque su aciaga estrella les privó en la cuna de las caricias maternas, y a quienes nosotros, sin ostentación ni sacrificio hacemos partícipes del alimento de nuestros hijos, porque son sus compañeros de aula, sus buenos camaradas en los alegres juegos del recreo” (Leguizamón, *Páginas argentinas*: 43).

<sup>23</sup> Luis Alberto Salvarezza, “Fray Mocho”, *Boletín De La Academia Nacional De Periodismo* (17).

<sup>24</sup> Oscar F. Urquiza Almandoz, *Historia de Concepción del Uruguay. 1783-1890* (Entre Ríos: Respetable Logia Jorge Washington N° 44, 2002).

tierra”,<sup>25</sup> lo hace decir Leguizamón a su colega, el “Mocho”, “aquel ser que parecía tan feliz, tan alegre como las burlonas calandrias del amado terruño al que volvíamos siempre con el pensamiento en nuestras animadas charlas”.<sup>26</sup> Las experiencias de los espacios y tiempos compartidos se articulan en la trama de un discurso identitario.

Son precisamente ese origen común, esa naturaleza, esas experiencias, los que aparecen en este discurso identitario de la entrerrianidad como fundamentos de una función y un deber como escritores:

Además ese ambiente comarcano, ese acre perfume de las yerbas y plantas acuáticas que crecen entre los carrizales de los bañados, al borde de los arroyos, en la ladera de los médanos o a la sombra de las isletas boscosas, son de mi tierra, tengo el alma saturada de ellos, aire de aquellos campos parece que me resuella adentro y me dilata el pecho. Es una característica de los hijos de aquella región que nos exalta con sólo recordarla; como los rústicos provenzales que dieron vida a Mireya y Calendal, nosotros llevamos adherida a las fibras más íntimas esos porfiados y resistentes cariños de la tierra. Todavía no ha surgido el Mistral que la cante, pero ya vendrá porque existen allí temas líricos tan originales e interesantes como los de su tierra solar del Crau y la Camarga.<sup>27</sup>

Esto dice Leguizamón con motivo de reseñar *Tierra de matreros*, el libro que “Fray Mocho” dedica a su región de origen. Este discurso de la identidad entrerriana se monta sobre los presupuestos típicos de la posición nativista para una literatura regional-nacional, pero le añade la construcción y legitimación de un canal de comunicación y valoración de excepción: un escritor entrerriano leyendo a otro escritor entrerriano se posiciona como el receptor más avezado y como el juez más idóneo de la entrerrianidad de la obra. Ambos suponen participar de una relación no mediada con una esencia espiritual que los comunica; y los convoca: el escritor entrerriano tiene el deber de ser nativista.

Sendos jueces y garantes de sus respectivas obras, Leguizamón y Álvarez articulan en el emergente campo literario finisecular una solidaridad de posición. Álvarez elogia *Calandria* y certifica su autenticidad. Poco después, Leguizamón hace lo propio con *Tierra de*

---

<sup>25</sup> Leguizamón, *De cepa criolla*, 92.

<sup>26</sup> Idem, 93.

<sup>27</sup> Idem, 143-144.

*matreros*. Y continúan nombrándose y renombrándose en sus profusos escritos de prensa.

En el marco más amplio de la posición nativista de la época, no los separa la barrera generacional que los distingue de sus fundadores. En relación con Leguizamón, por ejemplo, González es el maestro que habilita y corrige, Obligado el que reprende. Leguizamón y Fray Mocho son pares generacionales, al igual que Roberto J. Payró.

Sin embargo, la paridad no implica absoluta simetría en la relación solidaria. En su reseña de *Tierra de matreros* Leguizamón revela: “El autor me pasó los originales antes de enviarlos a la imprenta”.<sup>28</sup> En la década de 1890, Leguizamón ha ido ganando entre sus contemporáneos un lugar de mayor reputación en el circuito culto, mientras que Fray Mocho desarrolla una trayectoria más plenamente articulada con los circuitos populares de la prensa masiva. Solicitando su aprobación, confirma una autoridad que Leguizamón no elude exhibir. Esta asimetría es correlativa del hecho de que, aún en un contexto de progresiva apertura de la actividad intelectual a actores sociales ajenos a la élite oligárquica, el capital social de Leguizamón probablemente conserva una eficacia significativa al interior del incipiente campo, propiciando vinculaciones claves y una asegurada visibilidad pública.

Fray Mocho es doblemente un recién llegado a la literatura nativista. Es un joven escritor como Leguizamón, pero no detenta el elevado origen social que aquel comparte con los pioneros del nativismo. Además, la parte de su producción literaria que busca integrarse con el programa nativista de González encuentra un casillero ocupado.<sup>29</sup> Pero ocupado por alguien cuya confianza le facilitará compartirlo. Fruto de la nueva alianza, en la que Leguizamón conserva aún un lugar de autoridad, la vaga identidad regional que antes descansaba casi totalmente en la garantía de su exclusiva subjetividad deviene discurso identitario entrerriano compartido. Es compartido y

---

<sup>28</sup> Idem, 143.

<sup>29</sup> En realidad, la aproximación de Fray Mocho al nativismo excede en complejidad a los aspectos que aquí recortamos para reconstruir la articulación del discurso de la identidad entrerriana. Como Roberto Payró, otro joven de esta segunda generación articulada con el nativismo que tampoco cuenta con los títulos de un origen social oligárquico, Álvarez también apostará al libro de la región nacional que se imagina “sin nativos”: la Patagonia. Por otro lado, su exploración de un nuevo criollismo urbano involucra una serie de factores que superan ampliamente la problemática del nativismo.

garantizado en los hechos al menos por dos, pero en el discurso, lo es por toda la “colonia” de entrerrianos en Buenos Aires. Este movimiento inclusivo exterioriza y objetiviza una identidad, que al tiempo que se sedimenta también asume el riesgo de descentrarse y dispersarse.

*II. El futuro: Gerchunoff y la “nueva generación” nativista entrerriana. Apogeo y dispersión*

Más de veinte años más joven, articulado con una generación literaria posterior, colega en Buenos Aires en las redacciones de *Caras y caretas* y *La Nación*, Alberto Gerchunoff no sólo debe sortear las diferencias de clase para alcanzar la paridad con escritores como Leguizamón, sino también superar el obstáculo de su origen inmigratorio. Para este joven judío nacido en Rusia, la creciente xenofobia del nacionalismo imperante hacia el centenario de la revolución de Mayo aparece como una barrera infranqueable para el acceso pleno a la literatura nacional en general; y, en particular, su condición de extranjero representa la antítesis absoluta del sujeto nativista. Sin embargo, en 1910, Gerchunoff decide divulgar el volumen *Los gauchos judíos*, compilación, en clave nativista, de estampas y relatos de la colonia de su infancia en Entre Ríos, muchos de ellos ya publicados en las páginas de *La Nación*, y solicita a Martiniano Leguizamón que lo prologue.

La extranjería de Gerchunoff supone una grave carencia para incorporarse en una posición literaria del campo nacional cuyo núcleo de significación descansa justamente en el supuesto de una relación no mediada con la nación, con el espíritu de una región, una posición que supone un vínculo único entre un origen y una esencia. Leguizamón, para entonces el representante más reconocido del nativismo entrerriano, despliega un discurso reparador de esta privación.

De aquí y de allá, Leguizamón recoge huellas de la construcción del sujeto autoral en *Los gauchos judíos* y a partir de ellas elabora un discurso que sutura las carencias de Gerchunoff, no sólo como escritor argentino, sino incluso como escritor nativista entrerriano. El prólogo de Leguizamón invoca a un escritor “que no abrió sus ojos a la luz de aquel cielo amigo, pero a quien ha bastado vivir algunos años en contacto con su suelo y los habitantes primitivos para saturarse de



emoción y de imperecederas imágenes”.<sup>30</sup> Pero, además de la experiencia de los años de su infancia en Entre Ríos, resulta fundamental para suplir la falta del origen el “alto sentimiento de gratitud y amor hacia la tierra generosa que entrega al colono sus frutos de oro”.<sup>31</sup> El conflicto de ascendencias culturales que desdibuja al sujeto nativista se recompone con la apuesta al olvido de la tradición extranjera (los más jóvenes abandonan progresivamente las tradiciones judías “infiltrados” por el medio, las mozas judías acceden a la mestización con los mozos gauchos), y la adscripción sincera a la tradición popular criolla construida por el nativismo:

El boyero nos resulta admirable por la frescura del dibujo y la verdad de su evocación. Gerchunoff debe haberse sentado más de una vez en la rueda del fogón del viejo gaucho, embelesándose con el relato de aquella vida de penurias y heroísmos que el antiguo lancero de Urquiza haría a sus admirados oyentes con esa llaneza sin sombra de alabanza de nuestros campesinos; fue quizá su primer maestro y ¡y qué maestro! En las rudas faenas camperas, y su palabra lenta, matizada de retruécanos y cualidades pintorescas debió despertar en el alma del niño ese amor al suelo cuyos paisajes y aromas se ha deleitado en presentar al lector, así como su admiración por el cielo entrerriano.<sup>32</sup>

Leguizamón recoge este boceto de infancia trazado por Gerchunoff (no muy diferente de las estampas en que González o el mismo Leguizamón, argentinos de “pura cepa”, se presentaban cuando eran los niños del “patrón”, junto al fogón, escuchando los relatos de sus criados) como la escena de la herencia de la tradición nacional. Una tradición que es nacional, que remite al gaucho (pampeano), pero que está especificada claramente en términos regionales. Es la tradición que se construye en el emergente discurso de la identidad entrerriana.<sup>33</sup>

---

<sup>30</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*, 143.

<sup>31</sup> Idem, 144.

<sup>32</sup> Idem, 147.

<sup>33</sup> En verdad, la construcción de *Los gauchos judíos* de Gerchunoff es más compleja y ambigua que la del típico sujeto nativista. Todo lo que Leguizamón recoge e interpreta está ahí, listo para ser interpretado, esperando ser descifrado por Leguizamón. Pero la interpretación de Leguizamón no está dicha por Gerchunoff. Gerchunoff no predica nativismo. No plantea la inmutabilidad de una tradición nacional ni el privilegio del origen, aunque en éste, su primer libro, tampoco los niega y permite, espera, que se lo interprete en clave nativista. Una vez instalado en el campo y reconocido como escritor argentino, discute enfáticamente las bases del nativismo, impugnando la tradición gaucha y apostando a la idea de la argentinidad como un crisol de razas europeas. Incluso propone al final de su trayectoria una reconstrucción no nativista de la identidad entrerriana. Lo que siempre se mantuvo constante en su obra fue el propósito de rebatir el carácter xenófobo que el nacionalismo

Pero lo que está en juego en la solicitud de Gerchunoff y en el juicio de Leguizamón excede la cuestión de la ciudadanía, la argentinidad y la entrerrianidad. Lo que está centralmente en juego en este intercambio es la autoridad de un sujeto de la escritura en un momento y un lugar del emergente campo literario:

Alberto Gerchunoff comprueba con esta obra de arte y de verdad un cariño acendrado por la tierra de adopción, donde ha levantado el hogar a que cada día lo irán adhiriendo a sus fibras más íntimas las caricias del primer hijo nacido bajo el pabellón argentino; y revela a la vez las excelencias de un alma de poeta que sabe sentir y pintar la naturaleza nuestra, con esa especialidad intensa que hace amar la poesía de los terruños... Ese es su rasgo; podemos saludarlo como a uno de los escritores de la tierra. Tiene el don de desentrañar la oculta belleza de los asuntos más sencillos y familiares, con excelentes cualidades de observación y una retina ávida para reflejar las emociones apacibles de la vida campestre.<sup>34</sup>

Además del compromiso afectivo con la nación y la provincia que lo acogen, resulta indispensable la capacidad de expresar literariamente la materia que se extrae de esa conexión, capacidad que en este caso es claramente definida con las claves y coordenadas propias del segundo nativismo argentino, el que acoge los valores del realismo y resiste la forma “vacua” del modernismo.<sup>35</sup> Eso que en definitiva rompe las barreras de la extranjería, lo que habilita decididamente a Gerchunoff como expresión nacional y entrerriana, es algo que se define en las coordenadas y la dinámica propia del campo literario nacional, que es el de Buenos Aires. Sin dudas, la relación personal con Leguizamón facilita este propósito. Pero lo que resulta determinante es la presunta voluntad de Gerchunoff de sumarse a las huestes del nativismo, y más específicamente, al círculo de los nativistas entrerrianos. El autor de *Los gauchos judíos* pasa a engrosar las filas de los escritores y aspirantes que legitiman con su solicitud y reconocimiento la autoridad de Leguizamón en relación con el nativismo en general y con el nativismo entrerriano en particular.

---

criollista y nativista comienza adquirir hacia el centenario. En el caso de *Los gauchos judíos*, este propósito se expresa en primer término como una respuesta a la acusación del carácter sectario y aislacionista que pesa sobre los judíos en textos tales como *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas.

<sup>34</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*, 147-148.

<sup>35</sup> El primer nativismo argentino fue más bien romántico, y sus principales frentes de confrontación eran la historiografía liberal dominante, como la de Bartolomé Mitre, y la novela naturalista argentina. Cfr. Diego José Chein, *La invención literaria del folklore*. Joaquín V. González y la otra modernidad.

No es el único joven que por esos años ha migrado de Entre Ríos a Buenos Aires con la esperanza de hacer una carrera literaria. Como antes lo había hecho José S. Álvarez, en los primeros años del nuevo siglo otros jóvenes entrerrianos como Alfredo Parodié Mantero, Gustavo Caraballo o Aníbal Marc. Giménez, solicitan el juicio de aprobación de Leguizamón y, con ello, también lo autorizan.

En el discurso que el autor de *Calandria* les dirige como respuesta pública a sus solicitudes, aparece como una constatación la exigencia del tema regional (del nativismo, en definitiva) como un deber ético del escritor entrerriano. Como la metafísica de la concepción herderiana de la identidad nacional en general, este discurso de la entrerrianidad es contrafáctico, e introduce en su seno una fisura por la que podrá colarse Gerchunoff: la identidad es asumida al mismo tiempo como un ser y un deber ser. Entrerriano se es, pero, al mismo tiempo, quien lo es tiene el deber de serlo.

Los elementos que tejen esa identidad entrerriana, y que, por lo tanto, los escritores entrerrianos tendrían el deber de expresar, se recortan en relación con una naturaleza, un folklore y, fundamentalmente, una historia provinciales.

El primer nativismo argentino esbozaba cierta tendencia a plantear, así sea tímidamente aún, una revisión de la historiografía oficial, hegemonizada por la perspectiva centralista y liberal de Bartolomé Mitre. Recuperando y resignificando al peruano Ricardo Palma, González recomendaba las “tradiciones” como género literario ideal para el proyecto nativista; percibía a este género como una adecuada conjunción de “poesía” e “historia”, con una forma periodístico-literaria accesible a un amplio público. Las “tradiciones” aparecían como un medio eficaz para rescatar el sentimiento popular, la verdad de la leyenda, aquello que la historiografía en vías de especialización desestimaba.<sup>36</sup> Este propósito general, adquiere, en el

---

<sup>36</sup> En su obra programática, cuando hace referencia a las “tradiciones” rurales que recogen la memoria de las andanzas de Facundo Quiroga, González afirma: “El colorido de la leyenda y el tono del cantor de la llanura, cambian al penetrar al recinto de la ciudad, porque allí se elaboraron los materiales de la historia, y las fantasías del poema se desvanecen al contacto frío de la verdad positiva” en Joaquín V. González, *La tradición nacional* (Buenos Aires: Ediciones de la Librería “La Facultad”, 1930), 248.

Este mismo propósito mueve la pluma de Leguizamón en numerosas páginas, como aquellas de “Un premio al heroísmo” (Leguizamón, *Páginas argentinas*), en las que rescata la figura de un héroe entrerriano “modesto” que

escenario de reconstrucción de la identidad entrerriana que plantea Leguizamón, una dirección particular: el rescate y reivindicación de la figura de Justo José de Urquiza, despojado de los insidiosos atributos del caudillo irracional, y exhumado a través de los valores liberales del republicanismo y la ilustración.<sup>37</sup>

Esto es precisamente lo que Leguizamón ensalza en el poemario *Cantos a Urquiza*, que Parodié Mantero le envía promediando la primera década del siglo XX:

Me complace sobremanera su acendrado amor a la tierra natal y su fervorosa admiración por los hombres que la hicieron ilustre. Ámela mucho, hasta con pasión violenta, que no hay exceso ni daño en esos localismos, y crea que ha de encontrar en su tradición y en el elemento físico de su naturaleza, ubérrimos veneros de inspiración.<sup>38</sup>

Elogia este rescate de la figura de Urquiza que celebra “los límpidos timbres del prócer que no lograron empañar las enconadas pasiones banderizas, y que el juicio ecuánime de la posteridad ya empieza a discernirle”,<sup>39</sup> aquellos que tienen que ver con su brega por la unión nacional y la constitución, por la libertad y la educación pública. La realización de esta obra poética es encomiada como el cumplimiento de un deber:

Como hijo intelectual del Colegio del Uruguay—una de las fecundas y trascendentales obras de Urquiza—, ha pagado usted en moneda noble y artístico cuño la deuda de gratitud de que somos deudores, todos cuantos nutrimos nuestra inteligencia en aquellas aulas venerables.<sup>40</sup>

En contraste con la imagen que despliega de otras posiciones literarias del incipiente campo, el nativismo se presenta a sí mismo como una tendencia que guarda cierta exterioridad en la contienda. En última instancia, el nativismo no sería una cuestión de “escuela”, sino de esencia y de naturaleza. La dispersión de las “escuelas” literarias se presenta en relación con la posición nativista como desvíos de un destino histórico, conflictivamente entendido como naturaleza y como

---

salva la vida de un general y fue reconocido por el gobierno entrerriano en su momento, pero que los “coleccionistas del pasado” nacional (archivistas, tradicionalistas, historiadores) ignoran.

<sup>37</sup> Aunque en muchos aspectos la postura de Gerchunoff se aparte y termine oponiéndose al nativismo, este rescate de la figura de Urquiza será reafirmado en sus últimos escritos.

<sup>38</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*: 110.

<sup>39</sup> *Idem*, 109.

<sup>40</sup> *Idem*, 110.

deber. Leguizamón se lo dice a Gerchunoff al prologar *Los gauchos judíos*:

He ahí la rica cantera que debe explotar con espíritu exento de preocupaciones de raza, sin amoldarse a los cánones de ninguna secta literaria dejando que la pluma tome el ritmo natural y las imágenes encuentren su camino, con la brida suelta como trotaba en el brioso caballo criollo trepando cuchillas y atravesando los frescos cañadones, allá en mi tierra entrerriana bajo la llamarada del sol o la mansa vislumbre del constelado cielo, con una canción de amor en los labios y la alegría de vivir dilatándole el pecho...<sup>41</sup>

Incluso el estilo llega a deslindarse de la contienda literaria para asimilarse con la naturaleza que reclama ser expresada. No se trata sencillamente del imperativo estético de armonía entre la forma y el fondo, sino de una cuestión ontológica y ética.<sup>42</sup>

Como ocurría con Fray Mocho, con estos entrerrianos más jóvenes también establece Leguizamón un vínculo de paridad y comunión asociado con el origen compartido. Así lo hace, por ejemplo, cuando comenta que al leer los sonetos nativistas de Aníbal Marc. Giménez vio “desfilan como en la cinta de un cinematógrafo un animado retazo de mis cuchillas entrerrianas”.<sup>43</sup> La “cinta del cinematógrafo” reintroduce la clave tecnológico-realista que Álvarez empleó para presentar la recepción de su obra dramática (“toda la colonia [de entrerrianos en Buenos Aires] se hallaba en palcos y platea, gozando con los cuadros que, como un silforama, pasaban ante su vista”).<sup>44</sup> Las recurrentes metáforas de las modernas tecnologías de la imagen (la fotografía, el silforama, el cine, etc.) apuntan a reforzar la idea de un valor de verdad, de la fidelidad de la representación. Pero, al mismo tiempo, los juicios que las contienen presuponen el saber de un juez y garante de la autenticidad de la comunicación nativista, el que conoce el original sin la mediación de la obra literaria y ni de la “fotografía”. Como el crítico de *Calandria* o el de *Tierra de Matreros* o el de *Los gauchos judíos*, siguiendo los pasos del viaje de retorno del sujeto de la

---

<sup>41</sup> Idem, 148.

<sup>42</sup> También de Aníbal Marc. Giménez dirá Leguizamón: “Con un espíritu libre de prejuicios y esa independencia de los fuertes, no imita servilmente ni sigue los cánones de determinada escuela literaria. Es un escritor nativo cuya fuerza reside en la espontaneidad y en la naturalidad, y de ahí la gracia subyugadora de su hermoso verismo” en Leguizamón, *De cepa criolla*, 129.

<sup>43</sup> Idem, 129-130.

<sup>44</sup> En Leguizamón, *Calandria*, 115.

escritura nativista, este receptor entrerriano se constituye en juez y garante de la entrerrianidad de la producción. El discurso identitario entrerriano que Leguizamón articula en su crítica de Giménez los reúne, participando de una esencia común que los comunica y convoca.

Pero, nuevamente, el anclaje de esta pretendida comunicación esencial en la paridad de origen no debe ocultarnos las asimetrías que los jerarquizan. Leguizamón es el maestro al que los jóvenes recurren y confirman buscando su aprobación. Tiene la última palabra en relación con la entrerrianidad y el nativismo. El maestro elogia al aprendiz, pero también instruye:

Después de Urquiza, que venga Ramírez el caudillo romancesco, la selva de Montiel con sus gauchos de pujanza levantisca y bravía, las cuchillas verdequeantes que saben de luchas de charrúas y matreros, los ríos que serpean en los bajos como culebras por entre arcadas de seibos y sarandíes, y aquel cielo amigo que contemplo embellecido con esa luz interior de mis años de infancia.<sup>45</sup>

Leguizamón alienta y orienta a Parodié Mantero para dar continuidad y extender el propósito nativista de revisionismo poético de la historia provincial iniciado con los *Cantos a Urquiza*, a la vez que lo exhorta a profundizar su raigambre regional, tal como González lo había hecho con él tiempo atrás: “Pero embeba sus rimas con más savias y perfumes de aquel suelo agreste; yo quiero admirarlo más poeta nuestro, con el alma argentina, como Obligado y González, pero como ellos con la tierna añoranza y las palpitations del alma de los terruños”.<sup>46</sup>

Tampoco el entusiasmo con *Los gauchos judíos* impide a Leguizamón reclamar al joven Gerchunoff una búsqueda más intensa del color local y mayor detenimiento en la descripción de la naturaleza. Es el maestro de una estética que es también una ética.

Desde su sitial de magisterio se dirige a cada uno de estos jóvenes entrerrianos interpelándolos como aprendices. Hace público el discurso de esa comunicación. Y no sólo se dirige a cada uno de ellos individualmente, sino que comienza a nombrarlos con una categoría que los reúne. Así, por ejemplo, en un artículo dedicado a discutir neologismos “criollos”, Leguizamón alude a Giménez inscribiéndolo en un colectivo más amplio:

---

<sup>45</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*: 111.

<sup>46</sup> Idem, 110.

Aníbal Marc. Giménez, uno de los más vigorosos escritores de la nueva generación, que ha interpretado con tanta gallardía los asuntos de su terruño entrerriano <sup>47</sup>

Nuevamente, vuelve sobre esta categoría generacional y la despliega, en la respuesta que dirige a Parodié Mantero. Después de señalar la significación de la obra de Gerchunoff, se pregunta: ¿Qué hacen pues los escritores de la nueva generación? Damián Garat, que se hizo aplaudir con un soneto a los centauros de Caseros, Aníbal Marc. Giménez, que siente como pocos los temas del terruño, y Gustavo Caraballo que lleva en sus venas sangre de bravos guerreros criollos!...<sup>48</sup>

La categoría de la “nueva generación” se recorta temporalmente en el flujo de la dinámica de renovación del emergente campo literario: los nuevos escritores argentinos. También se recorta espacialmente en función de la identidad entrerriana que su discurso articula en Buenos Aires: son los jóvenes escritores de Entre Ríos que intentan hacer una carrera literaria de alcance nacional. Pero no se detiene allí. Una posición literaria dentro del campo, la propia, la del nativismo, también atraviesa y reduce este recorte tensionando el desajuste entre el ser y el deber ser: son los jóvenes entrerrianos aspirantes a escritores nacionales nativistas. O, en última instancia, es su deber serlo. Esta voluntad se expresa más abiertamente cuando Leguizamón se defiende ante el cuestionamiento de su estrategia de exhortación nativista a los nuevos escritores entrerrianos: “Me dirigía a los jóvenes escritores que tienen una pluma en la mano, que viven en el ambiente de la comarca y ven desaparecer esas cosas tan típicamente nuestras, sin animarse a salvarlas del olvido que pronto se tornará irreparable”.<sup>49</sup>

Lo cierto es que muchos de esos jóvenes ya no viven en el ambiente de la “comarca”, sino en la capital nacional, o muy pronto habrán de migrar si aspiran a hacer de la literatura una profesión y convertirse en escritores nacionales. Desde su perspectiva, un presente que se acelera exige la valentía de un rescate urgente de lo regional-nacional, aunque ese rescate demande abandonar la región y dirigirse a la usina de la modernización nacional: la capital.

En el ínterin de esta defensa, Leguizamón también devela el sentido de la inclusión de Gerchunoff en el colectivo de la nueva generación entrerriana:

---

<sup>47</sup> Leguizamón, *De cepa criolla*, 113.

<sup>48</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*, 112.

<sup>49</sup> Idem, 118.

Por eso señalé el trabajo que está realizando en *La Nación* Alberto Gerchunoff, un joven escritor ruso que aspira a pintar con sobrias e intensas pinceladas—a la manera de su compatriota el admirable Máximo Gorki—los tipos y escenarios de la vida rústica que vio durante su niñez, allá en la colonia de San Gregorio, cerca de la región donde hicieron galopar sus ariscos redomones de pelea los hirsutos lanceros de Crispín y Polonio Velásquez, aquellos rudos señores de la temerosa selva montielera. [...] Era una advertencia y un ejemplo a los escritores de aquel suelo que, sin duda, deben sentir con mayor intensidad la emoción de la belleza de las imágenes de la tierra materna.

Y la reitero aquí deseando que surja pronto—antes que la evolución termine su obra demoledora—el escritor fuerte que la describa y la cante en forma duradera y artística.<sup>50</sup>

Esta confesada intención, la de esgrimir la figura de Gerchunoff como ejemplo a seguir, como una llamada al deber a la nueva generación de escritores de provincia, ya se había expresado performativamente en el prólogo a *Los gauchos judíos*. Allí saludaba al joven escritor ruso “que con tan justos títulos se incorpora al raleado grupo de los escritores nacionales, dando así un saludable ejemplo a los nativos, que por temor o pereza desdeñan los asuntos de la tierra esterilizándose en imitaciones exóticas sin sentimiento ni originalidad”.<sup>51</sup>

En esta fisura entre el ser y el deber ser del nativismo, Gerchunoff encuentra un resquicio. En definitiva, para un escritor nativista, un autor jamás será acabadamente un escritor nacional, aun si cuenta con todos los títulos de origen, nacionales, provinciales y sociales, si no es, al fin y al cabo, otro escritor nativista. Si el desvío del deber ser nativista resta argentinidad o entrerrianidad a quienes acaparan todos los naturales títulos de origen, tal vez ese resto, la pasión nativista de quién no posee ninguno de ellos, pueda reclamar el derecho que los mismos habilitan y exigen pero no alcanzan a conferir. Se trata de un modelo desviado y a la vez más potente: el ejemplo de quien cumple con un deber al que no está obligado, la lección perfecta para los timoratos y los perezosos. Con este resto, que acaba por ser lo más importante, el joven judío de Rusia deviene auténtico escritor argentino y nativista entrerriano.

---

<sup>50</sup> Idem, 118.

<sup>51</sup> Idem, 146.



El valor estratégico de tejer una red de solidaridades de escritores nativistas con los hebras del compromiso con una identidad entrerriana nunca se hace más evidente que en las ocasiones en las que el hilo se corta. Es entonces cuando la celebración se retira y la amonestación irrumpe. Cuando el joven entrerriano Gustavo Caraballo le envía sus poemas de *Las sendas del arquero*, Leguizamón le reprocha:

Pero si es espontáneo mi aplauso para el artista, he de decirle también que su libro me ha defraudado al no encontrar en él un solo paisaje de nuestra tierra, un solo acento evocativo de aquellas cosas que usted debe llevar impresas en sus pupilas y en la sangre: en la brava sangre de los viejos criollos de su estirpe que se estacaron a fuerza de coraje, como su abuelo, el intrépido lancero, que siendo niño, me enseñaba sin alardes de jactancia las anchas heridas que acribillaban su pecho como la ejecutoria de sus proezas, indicándome que eran más grandes las del pecho porque la había recibido peleando de frente, y más pequeñas las de la espalda porque la lanza enemiga lo traspasó de parte a parte...

Al cerrar el volumen me sorprende este anhelo final, que parece indicarnos que el autor no ha encontrado en su tierra asuntos dignos de ser cantados.

*Me iba meditando el sueño de la infancia*

*De publicar un libro pero que sea en Francia.*

Pienso que es un error, mi estimado poeta, el pensar esas cosas, y un ejemplo pernicioso el decirlas.<sup>52</sup>

Caraballo, descendiente de patricios entrerrianos, el joven que reúne todos los legítimos títulos de origen, ha torcido el buen rumbo. Por cobardía, que contrasta con el valor heroico de su abuelo guerrero, se aparta del compromiso nativista.

Como bien lo percibe Leguizamón, se trata en realidad de una tentación de desvío que “amenaza” a toda la “nueva generación”, sin exceptuar a aquellos que asienten ordenarse en sus propias filas. Así también, por ejemplo, entre innumerables elogios, aplica un pequeño pero necesario correctivo a las estrofas de Parodié Mantero:

Revolotean en ellas, sin embargo, unas “alondras” exóticas que están usurpando el puesto a las trinadoras calandrias y a los boyeros, las avecillas de nuestra tierra que le enseñaron el don del canto en las tardes de estío, bajo las frondas del “curupí, la multa y el ubajay”, allá en las extendidas playas del manso río...<sup>53</sup>

---

<sup>52</sup> Idem, 123.

<sup>53</sup> Idem, 112.

Las alondras exóticas que sobrevuelan los versos nativistas del joven poeta entrerriano entrañan en el contexto del campo literario de la época un sentido topográfico preciso: modernismo. Modernismo es la posición literaria “exotista” y “cosmopolita” en confrontación con la cual traza una frontera infranqueable el segundo nativismo, el de Leguizamón, Fray Mocho o Roberto J. Payró. Es el nombre del desvío estético y ético que “amenaza” a los jóvenes de la siguiente generación. En efecto, como he explicado en otro lugar,<sup>54</sup> la relación que los nativistas de esta tercera camada, entrerrianos o de cualquier provincia, mantendrán con el modernismo será diferente y no estará en absoluto exenta de diversas formas de contaminación e intercambio. También Ricardo Rojas y Manuel Gálvez tomarán distancia con el modernismo, aunque al mismo tiempo ambos confesarán que fue a su calor que habría despertado su juvenil vocación literaria.<sup>55</sup> En cambio, de acuerdo con los esquemas de visión y división del campo que generacionalmente arrastra Leguizamón, la concesión al modernismo representa una lisa y llana claudicación.

La contraposición de los espacios territoriales que Leguizamón invoca para exigir patriotismo a Caraballo, Argentina y Francia, se desliza a otro plano, al espacio de intervención literaria en que esta oposición cristaliza y cobra sentido: “No es sin duda “el país de Francia”, país extraño que usted no conoce más que a través de la lectura de sus autores predilectos, donde ha de destacar su personalidad literaria”.<sup>56</sup>

El afrancesamiento no es un problema que tenga que ver con Francia, sino con la estructuración del emergente campo literario argentino. Y es aquí donde el “afrancesamiento” modernista o el patriotismo nativista pueden concederle el éxito o reportarle el fracaso. “Nuestra tierra está reclamando poetas que la canten [...] Cante usted que el escenario es propicio y no han de faltarle admiradores que lo aplaudan [...] Sea poeta argentino”.<sup>57</sup>

La opción nativista, la del compromiso con su origen entrerriano, promete el reconocimiento esperado en el campo; al menos

---

<sup>54</sup> “Escritores y estado en el Centenario: apogeo y dispersión de la literatura nativista argentina”, *Revista Chilena de Literatura* 2010, 51-73.

<sup>55</sup> Las primeras páginas de la obra más nativista de Rojas, *El país de la selva*, tal vez sean, al mismo tiempo, las más modernistas. Cfr. idem.

<sup>56</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*, 123.

<sup>57</sup> Idem, 123-124.

promete el aplauso del propio Leguizamón que Caraballo fantaseó con obtener al enviarle sus poemas.

Poco después, el joven aspirante publica en la renombrada revista literaria *Nosotros* un poema dedicado al autor de *Calandria* en el que colecciona y exhibe todos los estereotipos de la escritura nativista.

*El pasado: Andrade y la tradición del nativismo entrerriano*

De muchas maneras, el nativismo reniega de su inscripción en la historicidad moderna que secreta el emergente campo. En el primer nativismo argentino, el lamento de González todavía conserva un claro matiz reactivo, premoderno, cuando protesta por “la diversidad de las escuelas que [...] hace que la crítica se pierda todavía en divagaciones ambiguas y experimentos pasajeros de todos los métodos que nos invaden”.<sup>58</sup> Defensivamente, aún persiste cierto arraigo al paradigma retórico, a la concepción y práctica disciplinadoras de la literatura como unidad orgánica y organizada del saber letrado. Pero, paradójicamente, González hace una encendida llamada al cambio precisamente cuando impugna la dinámica de esta dispersión:

Las diversas escuelas que inundan nuestra literatura y nuestras ciencias especulativas encuentran toda una porción de espíritus dispuestos a adoptarlas y a asimilarlas: prueba evidente de que aún la idea de la nacionalidad, en la plenitud del concepto, no se halla arraigada en la totalidad de los hombres que deben constituirla.<sup>59</sup>

Este cuestionamiento de la universal dependencia literaria de Europa, devenido en simbólica batalla nacional contra el cosmopolitismo, gana mayor presencia aún en el discurso de Leguizamón, al tiempo que se diluye la nostalgia por el quiebre de la concepción y práctica retóricas de la literatura. Por naturaleza o por deber, es la fiel incorporación en estas filas nacionalistas, regionalistas y anticospopolitas lo que espera de los nuevos escritores de su tierra. La negación del anclaje en la historicidad incesante del campo, el refugio nacional y el refugio provincial, permiten y obligan a Leguizamón a extender los límites del nativismo entrerriano en el tiempo. Hacia el futuro, como vimos, pero también hacia el pasado.

---

<sup>58</sup> Joaquín V. González, *Intermezzo: Dos décadas de recuerdos literarios* (Buenos Aires: W.M. Jackson Inc., Sin fecha: 80).

<sup>59</sup> Idem, 41.

Así evalúa, por ejemplo, el aporte nativista de uno de estos jóvenes de la nueva generación:

el joven poeta Aníbal Marc. Giménez, rindiendo homenaje a la tierra de sus amores, evoca el perfil ya casi borrado de sus antiguos moradores [...] Giménez es entrerriano, hijo de Gualaguaychú, la cuna de Olegario Andrade, Gervasio Méndez y Fray Mocho, y como ellos ha recibido al nacer el precioso don de sentir y expresar la belleza.<sup>60</sup>

Como veremos más adelante, no es sólo la condición de poeta la que Giménez hereda por ser de Entre Ríos y de Gualaguaychú, sino también el impulso nativista. En la genealogía que Leguizamón organiza se cuele el nombre de Olegario Andrade, un poeta entrerriano anterior a la aparición de esta posición literaria. No obstante, constituirá una pieza importante en la operación de construcción de una tradición para el nativismo entrerriano. En términos estratégicos, es claro que el pleno reconocimiento que la obra de Olegario Andrade ha alcanzado en el campo literario nacional aportaría un capital simbólico valioso para la articulación de la misma. Pero, para ello, es necesario negociar una representación de su obra y su figura capaz de hacer de las mismas un antecedente verosímil del nativismo.

No pocos obstáculos se interponen a la empresa de recuperación de Andrade, un poeta romántico de mediados del siglo XIX, como precursor del nativismo entrerriano.

El primero y más significativo de estos obstáculos a vencer es la efectiva polémica acerca del origen del escritor. Las dudas en torno al lugar de nacimiento del autor, que no sólo ponen en tela de juicio su origen entrerriano sino incluso su nacionalidad argentina, interrogan la naturaleza nativa que exige la construcción del sujeto de la escritura nativista. Al objetivo de hacer frente a esta dificultad medular, Leguizamón dedica por completo una de sus publicaciones:

Pero no es de su alto mérito literario que vamos a ocuparnos aquí, sino del lugar de su nacimiento, pues como ocurre con el cantor de la *Iliada*, varios pueblos se disputan la cuna del poeta que firmó la *Atlántida* y *El nido de los cóndores*, suscitándose con frecuencia dudas aún no aclaradas.<sup>61</sup>

Como tantas veces, su escritura nativista se desvía del curso de la ficción y el ensayo literarios, y se encauza por los meandros de una

---

<sup>60</sup> Leguizamón, *De cepa criolla*, 129.

<sup>61</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*, 96.

crítica histórica cuyo principal propósito es el de despejar el olvido y la falsa memoria en torno a la historia regional de su provincia. Una vez citados los antecedentes historiográficos de la polémica y descartado el ansiado aporte documental de un acta de bautismo irrecuperable, Leguizamón recorre filológicamente las pistas contenidas en la obra literaria de Andrade y desemboca en la apreciación de fuentes de otro orden:

Puedo dar en este caso mi conocimiento personal, con la referencia que oí al mismo Andrade, en casa de mi hermano Onésimo, de quién era amigo desde las bancas del Colegio del Uruguay y al que le tocó hacer en la Cámara de Diputados su elogio, para que el gobierno nacional mandara editar las poesías del ilustre extinto.<sup>62</sup>

La pesquisa de las fuentes se eslabona en una caída. Partiendo de la carencia documental, atravesando un incierto recorrido por las efusiones patrióticas de la poesía de Andrade, la pesquisa culmina en una fuente no documental, de naturaleza oral y extraída del orden del recuerdo. De todos modos, es el testimonio indubitable del mismo Andrade el que se esgrime, autorizado por la fiabilidad que Leguizamón detenta como escritor honesto y riguroso aficionado a la historia. Todo ello en el contexto de una comunicación fraterna en el “estudio de su comprovinciano y camarada de la infancia”,<sup>63</sup> en una escena que no escatima los honorables signos de un capital social tejido por los hilos de una pertenencia común, regional tanto como sociocultural y económica.

El segundo obstáculo fundamental para hacer de Olegario Andrade un precursor, para construir desde su figura una tradición para el nativismo entrerriano, no es confesado por Leguizamón: la obra poética de Andrade no tematiza su región de origen. El sentimiento patriótico y americanista que trasunta no se vuelve sobre su origen entrerriano. El reconocimiento de esta ausencia permanece implícito, disimulado, aunque resulte imposible negarlo: se trata de “Olegario Víctor Andrade, el hijo de las selvas entrerrianas que llevaba con merecida justicia el título de poeta de las cumbres”.<sup>64</sup> Más allá de su origen, es el poeta de los Andes y de las alturas del vuelo del cóndor. El nativista fundador, Joaquín V. González, ya lo ha celebrado y lo ha

---

<sup>62</sup> Idem, 100.

<sup>63</sup> Idem, 100.

<sup>64</sup> Idem, 95.

nacionalizado. Es claro que nacionalizando al poeta de las cumbres, el riojano eleva y nacionaliza su propia región de origen en contraste con la dominante centralidad pampeana. Pero para el proyecto de articulación de una tradición nativista entrerriana, la nacionalización de los Andes representa un desvío y constituye un obstáculo. La lectura de Andrade dicha por Leguizamón ensaya un giro para sortearlo:

Con su muerte enmudeció la lira de las grandes armonías, de cuyas cuerdas resonantes sólo él había logrado arrancar esas notas soberanas de tan potente colorido y las imágenes de vuelo audaz, como el de sus cóndores andinos, que hacen pensar en la esplendorosa florecencia de las selvas tropicales, rebeldes al purismo de los cánones retóricos, pero henchidas de magnificencias líricas y de subyugadora belleza para nuestro sentimiento de americanos, por el vigor y el brío personal con que canta las glorias de nuestra bandera y los destinos de la raza latina.<sup>65</sup>

Aunque el tema poetizado recubre una región extraña, el estilo “selvático” recupera una relación esencial con su origen entrerriano. La posibilidad de articular la pertenencia regional y literaria con las configuraciones del estilo, ausente en el nativismo temprano (muy “andradeano” en sus formas, por cierto, y atado a ciertos resabios del paradigma retórico), no es ajena a esta segunda generación que, signada por las presiones de un campo literario en desarrollo y la búsqueda de autonomía de la actividad literaria (en la que el modernismo es vanguardia), se ve impelida a desplazar las estrategias de confrontación y defensa desde el plano de los contenidos al de la forma.<sup>66</sup>

Luego del intento de regionalizar a Andrade por la vía del estilo, Leguizamón arroja su última apuesta. En la referencia misma acerca de la confesión del origen entrerriano del poeta de la que se declara testigo, Leguizamón articula una constelación de indicaciones que revisten con una pátina nativista más minuciosa la obra de Andrade:

[Olegario Andrade] refirió su nacimiento en Gualaguaychú, de donde le llevaron muy niño al Brasil durante la guerra civil, agregó que al regreso de la emigración ocupó con su familia la misma casa de techo pajizo donde naciera, aquella casita a que

---

<sup>65</sup> Idem, 95-96.

<sup>66</sup> En la última sección del último capítulo de *La invención literaria del folklore* hemos comenzado a argumentar esta hipótesis. En un artículo actualmente en preparación, desarrollamos en profundidad un análisis de la transformación de las estrategias de defensa del nativismo que, en esta segunda etapa, es promovida por la tendencia de autonomización y especialización de la literatura.

cantó hombre ya en esas tiernas rimas de *La vuelta del hogar*, en la cual volcó sus amores del terruño.

Y bien; esa poesía en la que ha pintado un retazo de la naturaleza de las riberas del litoral, es tan inconfundiblemente nuestra que hasta designa las plantas y las aves con la denominación usual en el lenguaje rioplatense, como el *ceibo*, la *achira* y el *zorzal*, para darles más sabor y ubicarla en la región de sus montes natales.<sup>67</sup>

La escena del recuerdo de Leguizamón pone en escena el recuerdo de Andrade certificando su origen. Pero también se desvía hacia otra escena del recuerdo de Andrade. Retomando la lógica del examen filológico, equipara la experiencia de su regreso a Entre Ríos con el típico poema nativista del retorno, que ya no certifica sólo el origen, sino también su compromiso regional y su presunto nativismo. Leguizamón ha dado con el poema justo, el del trillado tópico romántico del nostálgico regreso a las ruinas del primer hogar, tan caro al nativismo argentino. Pero, además, destaca de él lo que es preciso: la asimilación del sentimiento y el lenguaje poéticos a la naturaleza regional. La poesía de Andrade deviene entrerriana en clave nativista, y con ello, su autor aparece como el honroso precursor del nativismo provincial.

---

<sup>67</sup> Leguizamón, *Páginas argentinas*, 101.